



El estadio Santiago Bernabéu, tantos años cedido gratuitamente para los homenajes a Franco, es negado hoy como posible escenario de actos políticos.

EL domingo pasado, 4 de septiembre de 1977, se inició oficialmente la nueva temporada futbolística con la disputa de los encuentros correspondientes a la primera jornada del Campeonato Nacional de Liga. Los nueve partidos de Primera División, los veinte de los dos grupos de Segunda y los innumerables de Tercera y categorías inferiores hicieron que cientos de miles de personas acudiesen a los estadios para presenciar su espectáculo favorito. Muchas de ellas acudían ingenuamente esperanzadas en que —por fin!— hubieran desaparecido los abusos, maniobras y corruptelas que durante tantos lustros mediatizaron y desvirtuaron el deporte en nuestro país, politizándolo al servicio de la dictadura. Pronto pudieron comprobar que todo seguía igual y que las únicas diferencias sensibles estribaban en enjaular a los espectadores para domeñar sus iras y en nuevo aumento del precio de las localidades, medida con que los habituales mangoneadores del tinglado desean contribuir, sin duda, a la lucha contra la inflación y a la políti-

ca de austeridad preconizada por el Gobierno Suárez.

No cabe sorprenderse demasiado en que así suceda. Si, pese a la prometida democratización, apenas se advierten cambios sensibles en múltiples aspectos de la vida nacional, menos podrán advertirse en el deporte, por la sencilla y definitiva razón de que en este terreno continúan en pie todas y cada una de las estructuras franquistas. Aquí no ha pasado nada y los designados a dedo durante la prolongada etapa dictatorial —desde delegados nacionales a presidentes de clubs y Federaciones— continúan siendo dueños y señores de la situación. No han cambiado los perros ni los collares, y el deporte en general y el fútbol en particular continúa en manos del "bunker". Quienes lo duden, pueden convencerse con sólo enterarse de la historia y antecedentes de cuantos "dedocráticamente" siguen mangoneándolo todo.

Buena prueba de ello la tuvieron el domingo mismo quienes presenciaron las asambleas o Juntas Generales de los clubs madrileños Atlético de Madrid

EL FUTBOL ESPAÑOL, EN MANOS DEL BUNKER

y Real Madrid. Aunque "eternos rivales" en el campo de juego, ambos clubs —como el resto de los españoles— se rigen por idénticos métodos y procedimientos. Los presidentes de los mismos son "democráticamente" designados por los dirigentes de las Federaciones, que a su vez han sido designados por el delegado nacional, que también fue elegido a dedo por el ministro secretario del Movimiento. Importa poco que el Movimiento esté oficialmente muerto y haya desaparecido el Ministerio que lo dirigía, por cuanto el delegado nacional por él nombrado sigue ocupando su puesto, como lo siguen ocupando los presidentes de las Federaciones designados por él, y los máximos dirigentes de los clubs futbolísticos "elegidos" en plena dictadura los gobiernan con absoluto desprecio para la voluntad mayoritaria de sus afiliados.

En la Junta General del Atlético, 357 compromisarios —designados, naturalmente, por procedimientos que poco tienen de democráticos— aprobaron, entre otras cosas, un aumento del 70 por 100 en las cuotas que pagan 51.779 socios sin tomarse la molestia de consultarles primero. Todavía fue peor lo del Madrid, donde sólo 200 compromisarios —de los 1.000 que al parecer tenían derecho a asistir— aprobaron un aumento similar para más de 60.000 afiliados y un presupuesto que

alcanza, en principio, los 573 millones de pesetas.

Hubo en la asamblea madridista —esperada con expectación por quienes ignoran que la opinión de los socios tiene en la dirección de los clubs la misma importancia que tenía en los sindicatos verticalistas la voluntad de los trabajadores— algunas notas curiosas. La primera de ellas, que don Santiago Bernabéu —de tan inconfundible significación en la política deportiva del fascismo español—, por encontrarse enfermo, no pudiera presidir la asamblea, cosa que no había sucedido en los muchos años que lleva dirigiendo dictatorial y paternalísticamente el club. Otra, que se negase la existencia de un déficit de treinta y siete millones de pesetas, calificándole de simple insuficiencia presupuestaria, y otra —la más destacada y sobresaliente de todas—, que don Raimundo Saporta —experto financiero, eminencia gris del club y el más destacado diplomático deportivo del franquismo— afirmase que el Real Madrid no es más que una organización deportiva, ajena por completo a toda significación política, razón por la cual no se cedería el estadio de Chamartín para la celebración de actos públicos de ninguna clase. (Claro está que durante años y años se cedió gratis para los homenajes multitudinarios a Franco organizados por la CNS; pero esto, al parecer, nada tenía que ver con la política.) ¿Hasta cuándo continuará la actual organización —desorganización, mejor— del deporte español y especialmente del fútbol? ¿No cree don Pío Cabanillas, de cuyo Ministerio de Cultura dependen las actividades deportivas, que ha llegado el momento de desmontar el tinglado explotado por el "bunker" con tan cuantiosos dispensios como escaso éxito? Recordemos para los desmemoriados que si los presupuestos futbolísticos son los más elevados de Europa, si se paga a los jugadores extranjeros cifras exorbitantes que en algún caso rondan los cincuenta millones de pesetas anuales, el fútbol español estuvo ausente en los Campeonatos Mundiales de México y Alemania, y que actualmente no tiene muchas probabilidades de participar en los que en 1968 han de jugarse en Argentina. Todo lo cual dice muy poco en honor de la política deportiva seguida por el franquismo, que actualmente continúa en pie. ■

E. DE G.

CUCO CERECEDO

A los treinta y siete años moría en Bogotá Francisco Cerecedo, en el ejercicio de su profesión: informar. Cuco Cerecedo, nacido en Vigo, es un exponente de la generación de periodistas que luchó, directa y coherentemente, por una solución democrática. Toda su labor profesional —en el diario Madrid, en Posible, en Cambio 16, en Diario 16— estuvo encaminada a romper la resistencia de una sociedad incómoda en la que nació. Su vocación viajera le llevó al Tercer Mundo y ahí selló su solidaridad con las causas de la libertad. Sus numerosas crónicas desde Eritrea, Somalia, Argelia o Argentina, entre otras, dan testimonio de su preocupación por los pueblos que buscan afanosamente una salida a su crisis de dependencia.

Como gallego, ejerció como humorista. Sus seriales sobre el fútbol patriótico o las recientes crónicas taurinas en Diario 16 son una excelente muestra de su quehacer crítico y profundamente irónico. "Carnicerito de Málaga", "Morrito de Bonn", "Cocheño del Pardo", etc., son una muestra de su fino sentido de captar la realidad política. Arias Navarro y Fraga Iribarne mantuvieron bajo querrela a este periodista hasta el momento de su muerte.

Colaborador de TRIUNFO, redactó un número especial sobre Argelia, así como numerosas crónicas del Tercer Mundo. Su libro sobre la vida del "Che" Guevara sirvió, hace años, como brevariario de la juventud. Su muerte inesperada deja un hueco en la lucha por la democracia desde un periodismo arriesgado y pocas veces reconocido.

